

Una vista desde la luna

Libro de Aventuras

COMIENZA



Me dirijo a ti, que lees esto, seas quien seas, porque dejé mi diario esperando que alguien lo halle y siga luchando. No sé si aún estaré aquí cuando lo leas. Son tiempos oscuros y duros, aunque algunos aún abrigamos frágiles esperanzas; pero depende de lo que hagamos, de cada decisión diaria.

Siempre he tenido miedo.

Miedo a que no haya futuro para mi generación: los nacidos en el siglo pasado lo devoraron todo, aunque nosotros también fuimos cómplices.



CONTINÚA



Cuando nací, en 2024, el mundo ya estaba en peligro, aunque quizás no lo bastante para comprender el desastre inminente. Hubo una pandemia que, en dos años, mató a siete millones de personas. Estallaron guerras feroces y absurdas. Hombres insensatos en el poder invadieron territorios, exterminaron pueblos y decidieron que las vidas en los márgenes valían menos.

Me llamo Chloe, significa «brote verde», y tengo dieciséis años.

CONTINÚA



Apenas guardo un vago recuerdo de cuando todo se derrumbó y cambió la vida de todos. Pero conozco el mundo de antes por las historias de mi padre, Ulises. Él era astronauta de la ESA. De pequeña, escuchaba sus relatos fascinada; en sus brazos sentía que veía los secretos de las estrellas y el elegante movimiento de los planetas.

CONTINÚA

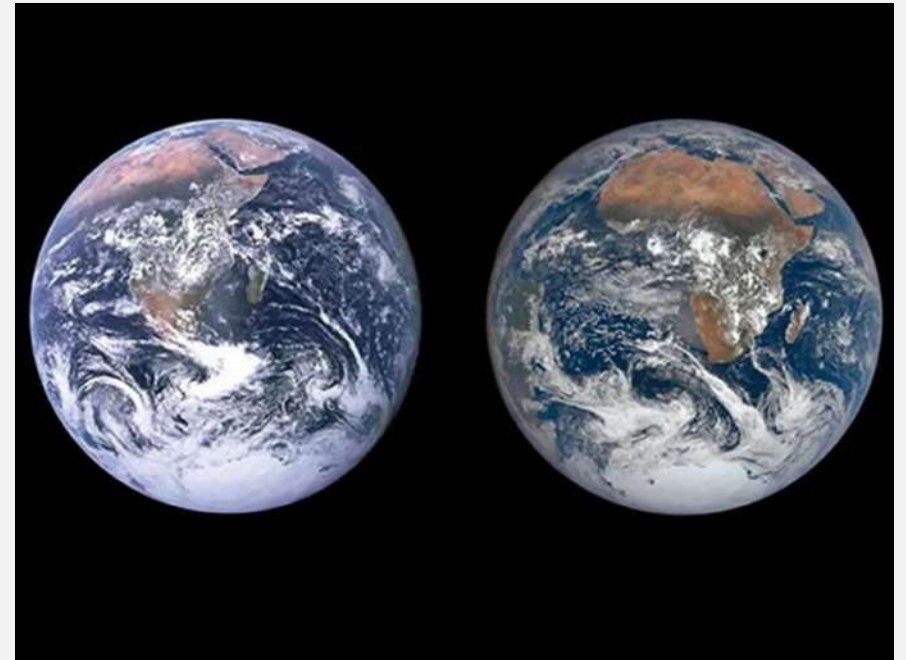
«No fui el primer hombre en ir al espacio, pero la emoción y el asombro son iguales a los que debió de sentir Gagarin. Sabes que estás suspendido en el Universo infinito y que no hay palabra para expresar lo que sientes. Sientes que perteneces a todo esto, pero que nada te pertenece, y menos la Tierra».

No veía mucho a mi padre, siempre ocupado con misiones o entrenamientos, pero si podía, le pedía que me hablara de sus días en la estación espacial.



CONTINÚA

Cuando la humanidad viajó al espacio en los años sesenta, vio nuestro planeta desde una nueva perspectiva por primera vez. La Tierra se mostró tal como es: una pequeña y frágil «canica azul» sumergida en el universo profundo. Su fragilidad, sin embargo, no se debe a la enormidad del cosmos, sino a las criaturas humanas que la habitamos. Las imágenes satelitales y los relatos astronómicos nos muestran cómo la rápida urbanización, la deforestación y el deshielo alteran nuestro planeta. Ciudades voraces de energía, la tala de selvas para la agricultura intensiva y el retroceso de los casquetes polares han cambiado el color de regiones enteras. También es visible la tenue atmósfera, que los astronautas describen como una fina línea azul. Para observar estos cambios en el tiempo, puedes usar herramientas como Google Earth Timelapse.



La foto muestra el planeta en 1972 a la izquierda y en 2022 a la derecha. Muestra la reducción de la criosfera (superficie helada de la Tierra) por el deshielo. El declive de la vegetación favorece al desierto.



Cuando estaba lejos, mi abuela me llevaba al jardín y me señalaba el punto del cielo donde estaba la estación espacial; yo saludaba, convencida de que mi padre me veía.

Sus viajes me enseñaron un amor sin límites por nuestro planeta.

«Pobre planeta», decía él. «Pobre, nuestro maravilloso planeta. Esta pequeña esfera azul».

«¿Por qué? ¿Por qué dices "pobre planeta"?», preguntaba yo, sin entender aún la gravedad de lo que ocurría.



CONTINÚA

Mi padre hablaba y yo veía nuestro planeta flotando, suspendido en el vacío del universo. Siempre me pregunté por qué lo llamaban Tierra, si está cubierto de agua. Esa misma agua que hoy ha inundado territorios y erosionado costas.

Tras lo que todos llaman el «desastre», la gente tuvo que desplazarse a las zonas más altas del planeta. El agua borró ciudades y regiones enteras, reduciendo países a una especie de enorme archipiélago de islas.



CONTINÚA

Cuando nací, los glaciares ya habían comenzado a derretirse. Mi padre también solía contarme esto. Las montañas eran la pasión de mi abuela. Juntos subían hasta el glaciar de Chamonix, que hoy ya no existe.

Totalmente equipados, con cuerdas y piolets, se aventuraban por los senderos alpinos.

Él describía en detalle los paisajes que se extendían bajo sus pies; sentía como si pudiera ver el verde intenso de los árboles, el susurro de las ramas.

Oigo la voz de mi padre haciendo aparecer las montañas ante mí, los picos y valles, las suaves laderas de las colinas cubiertas de árboles y vegetación, el trino de pájaros que hoy casi nadie conoce ya.

CONTINÚA

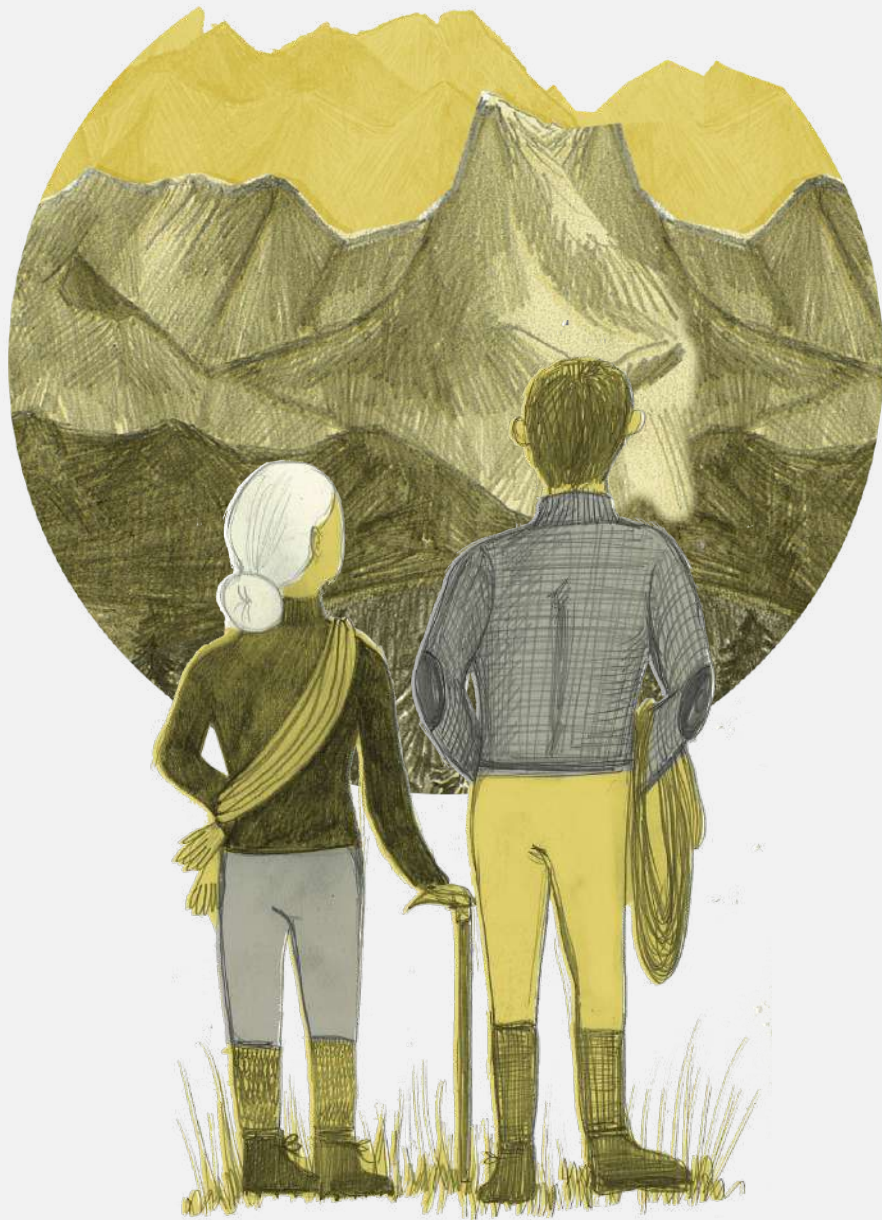
«¿Qué veías, papá?», preguntaba yo, cerrando los ojos.

«Por más que intentara mirar a lo lejos, nunca podía ver dónde acababa. Sentí la misma emoción cuando vi el cielo estrellado de cerca y desde dentro. Sin embargo, ante la majestad de las montañas, lo que realmente me impactó fue su fragilidad. Me di cuenta de que todo se apoyaba en un equilibrio frágil y delicado. La gente estaba demasiado atrapada en sí misma, en su pequeña rutina diaria, para mirar lo que ocurría a su alrededor».

«¿Cuántos años tenías?», preguntaba yo.



CONTINÚA



«La primera vez que la abuela me llevó a ver el glaciar, tenía más o menos tu edad. Subimos a pie durante días, solo por el placer de estar rodeados de naturaleza.

Por los senderos podíamos entrever campos de hierba y extensiones de árboles, animales de todo tipo: íbices y rebecos trepando por las laderas rocosas, marmotas jugando al escondite y el sigiloso movimiento del zorro.

Pero sobre todo, lo que aún recuerdo es el encanto de los amaneceres que, por la mañana, pintaban las caras de las montañas. Una luz rosada, suave y cálida que me hacía feliz.

CONTINÚA

Luego, tras unos días, llegábamos al lado francés para entrar en la cueva que, cada año, excavaban más y más profundo en la montaña, porque el hielo se retiraba. Los turistas venían a verla como habrían ido al circo a ver un espectáculo raro y singular».

Solo para decir: «¡Estuvimos allí!», pero sin preocuparse por nada más. Era 2015, y recuerdo oír al guía decir a su grupo de turistas que el glaciar se había retirado más de setecientos metros en comparación con 1990.

Sentía como si estuviera viendo morir a un gigante».



CONTINÚA

«¿Y tú, papá? ¿Y la abuela?».

«Nos sentíamos impotentes. Tomaba fotos y las comparaba con las del año anterior, y veía el glaciar retirarse, desaparecer despacio. La temperatura subía, los inviernos eran menos fríos, pero los veranos eran el verdadero problema. Más cálidos cada año».



Luego, juntos, mirábamos las fotos y me decía: «Así era», y a mí me parecían retratos de un mundo lejano desapareciendo ante mis ojos. Me parecía una larga herida que cortaba la montaña, la cual, sin hielo, se veía desnuda, despojada y desolada.



CONTINÚA



En 2024, la organización *Legambiente* puso en marcha una «caravana» para monitorizar la salud de los glaciares a través de seis etapas: el Mer de Glace, el glaciar de Valpelline, el glaciar de Flua, el de Fellarìa, los glaciares de los Alpes Julios y la Marmolada.

La primera parada fue el glaciar *Mer de Glace* en el Mont Blanc —conocido como el Techo de Europa y el Rey de los Alpes—, que en 174 años ha perdido unos 300 metros de grosor cerca de la estación de Monteverd. Desde hace décadas, la cobertura de derrubios (fragmentos de roca acumulados en la superficie) también ha aumentado debido a los desprendimientos de las paredes adyacentes y al encogimiento del hielo, especialmente en la vertiente francesa. Al mismo tiempo, las morrenas y paredes rocosas del valle se vuelven inestables, sufriendo colapsos reiterados. La causa: el aumento de las temperaturas y la subida de la cota de congelación en alta montaña.

Tan solo entre 2022 y 2023, este «Mar de Hielo» perdió más de 30 metros.

Vanda Bonardo, Directora Alpina Nacional de Legambiente y Presidenta de CIPRA Italia, declaró: *«Estamos perdiendo la memoria histórica del hielo más antiguo. Hoy más que nunca necesitamos una gobernanza europea de los glaciares y políticas reales de mitigación y adaptación».*

Los datos fueron presentados durante la conferencia de prensa celebrada en Chamonix.

<https://www.legambiente.it/>





Mi padre había estudiado ingeniería aeroespacial; había sido elegido entre miles de astronautas y había viajado a la Estación Espacial Internacional en dos ocasiones, con pocos años de diferencia. Desde allí arriba, había visto la selva amazónica por primera vez.

«Lo llamaban el pulmón verde», decía él, «aunque ya estaba muy deteriorado la primera vez que lo vi. Gran parte había sido destruida para convertirse en pastos.



Tú habías nacido solo dos años antes y, al ver la selva, pensé en ti, en lo que te estaba dejando». Fueron años terribles, el mundo parecía haber enloquecido, había guerras por todas partes y el cuidado del medioambiente parecía quedar en segundo plano y en las acciones de unos pocos grupos aislados. La guerra generalizada, que año tras año se expandía involucrando a más países, hizo el resto».

CONTINÚA

En julio de 2024, Greenpeace, citando datos del Instituto Nacional de Investigaciones Espaciales brasileño (INPE), denunció que la Amazonia sufrió un gran aumento de deforestación e incendios. Hubo 666 km² de deforestación, un 33,2% más que en julio de 2023, superando a julio de 2005, año récord en incendios. Estos datos deben ser una alerta: la época seca se acompaña de largas sequías extremas, que se repiten año tras año lo que dificulta contener el fuego.



La meta de deforestación cero debe lograrse antes de 2030, para que la Amazonia no pase su punto de no retorno climático, tras el cual el ecosistema colapsaría, afectando la función forestal como sumidero de CO₂ y haciendo los efectos de la crisis climática aún más devastadores.

Quizá por eso mi padre decidió dejar la ciudad y mudarse a las montañas. Su decisión me salvó la vida. A pesar de lo que pasaba en el mundo, lo llamaron para otra misión espacial. Yo tenía seis años. No lo he vuelto a ver desde entonces.

Quizá lo ocurrido le impidió volver y sigue mirándome desde allí arriba. O quizá está en algún lugar, en una isla lejana, haciendo lo posible por encontrarme.



CONTINÚA

No sé qué pasó realmente, era demasiado joven para saberlo: tal vez las bombas lanzadas durante la guerra, o tal vez el verano final, cuando las temperaturas alcanzaron máximos sin precedentes, derritiendo el hielo de Groenlandia y otros glaciares, o tal vez ambos.

Fuera cual fuese la causa final, el nivel de mares y océanos subió aún más y muchas ciudades se inundaron; nada quedó del mundo que conocí. Ciudades y paisajes se hundieron; vastas tierras, carreteras y semáforos acabaron en el fondo del mar.



CONTINÚA

En el desastre se perdió gran parte de la tecnología, las comunicaciones eran difíciles y las noticias llegaban de forma fragmentada e incompleta.

Las islas formadas están muy distantes y son difíciles de alcanzar sin correr peligro. Hay tormentas violentas y repentinas.

O puedes chocar contra edificios no derrumbados, justo bajo el nivel del mar.

CONTINÚA



Tras derretirse los glaciares, las aguas del océano Atlántico remontaron el delta del río Amazonas, salinizando el río. El agua salobre destruyó la vegetación al asfixiar las raíces y convertir la selva en un pantano.

La selva empezó a pudrirse, liberando una enorme cantidad de CO₂. Muchas poblaciones fueron exterminadas en los años siguientes. Algunos miembros de la tribu guaraní sobrevivieron trasladándose a zonas más altas, donde el agua aún no había llegado.

Allí perduró una parte de la selva y, para quienes aún tenían esperanza, se convirtió en el punto desde el que empezar de nuevo, para salvar al menos una parte del mundo.

Para mí, la selva se convirtió en un punto de referencia: era lo último de lo que me había hablado mi padre.

CONTINUÁ



La vida se reanudó, perpetuando sus malos hábitos, y el mundo se dividió aún más profundamente en dos: quienes intentaban desesperadamente salvar lo que aún podía salvarse y quienes, por el contrario, seguían pensando solo en sí mismos, construyendo en secreto barcos-ciudad en los que refugiarse, mientras el resto de la humanidad moría por los violentos cambios del clima y sus consecuencias.

Arquitectos e ingenieros fueron reclutados para construir barcos fortaleza capaces de resistirlo todo. Muchos quedaron incompletos; otros resultaron inútiles contra la fuerza de la naturaleza.

CONTINÚA

Tras la muerte de mi abuela, pasé a formar parte de una comunidad de activistas compuesta por científicos, pero también por muchos niños y jóvenes de mi edad, que se habían quedado solos como yo.

En los años previos al desastre, habían creado lugares seguros en los que preservar semillas de plantas y embriones animales. Gracias a su experiencia, teníamos comida vegana, hecha con hongos especiales y verduras cultivadas en pequeños invernaderos. Los animales supervivientes, como nosotros, debían contribuir al comienzo de una nueva vida.

Sin embargo, muy pronto, incluso esos refugios corrieron peligro, al igual que nuestras vidas.

CONTINÚA



Entre quienes me cuidaban estaba Noa, bióloga y embrióloga que comenzó a desarrollar esta idea a finales de los primeros años del nuevo milenio, tras ver desaparecer especies animales y vegetales.

Quizá por su nombre, pensó en una especie de arca de Noé, que rebautizó como Arca de Noa. Me recordaba a mi abuela, con su pelo largo y blanco y ojos del azul más puro. Una nariz aristocrática y una sonrisa capaz de iluminar hasta los momentos más oscuros. A pesar de sus setenta años, tenía el valor y la fuerza de una joven de dieciséis.

CONTINÚA

Luego vinieron las reuniones, interminables y acaloradas, para entender cómo debíamos proceder, porque realmente ya no quedaba tiempo.

«Necesitamos un barco fortaleza, es nuestra única esperanza», dijo Noa.

«¿Crees que nos darán uno solo porque lo necesitamos?», dijo Telémaco, alzando la voz, incapaz como siempre de ocultar su ira y decepción.

«No tenemos suficientes armas; será difícil lograr tomar uno», añadió otro miembro del grupo.

«Podríamos hablar con ellos», dije. Treinta ojos se giraron hacia mí con miradas interrogantes.

«Chloe», empezó Telémaco, «nunca nos han escuchado antes; ¿crees que lo harán ahora?».

CONTINUÍA



«Déjala hablar», la interrumpió Noa con dulzura. «Siempre somos los adultos quienes tomamos las decisiones, y mira adónde nos han llevado. Ellos son el futuro; son a quienes necesitamos, los chicos y chicas, los niños. Son nuestras semillas, las que podemos plantar en el futuro. Son el embrión del mundo por venir».

Telémaco se sentó y guardó silencio.

En una isla no muy lejana de nosotros estaba el astillero A.T.E., acrónimo de la insignificante y nada sospechosa Agencia Tecnológica Europea.

«Sé que una vieja amiga de mi padre trabaja allí, es arquitecta naval, se llama Diletta. Pertenece a algún multimillonario, probablemente responsable en parte del desastre que vivimos. Pero tenemos que convencerla de que nos lo dé».

LA ELECCIÓN DE CHLOE

⇒ Partimos para intentar tomar el barco por la fuerza. Ve a la página 39.

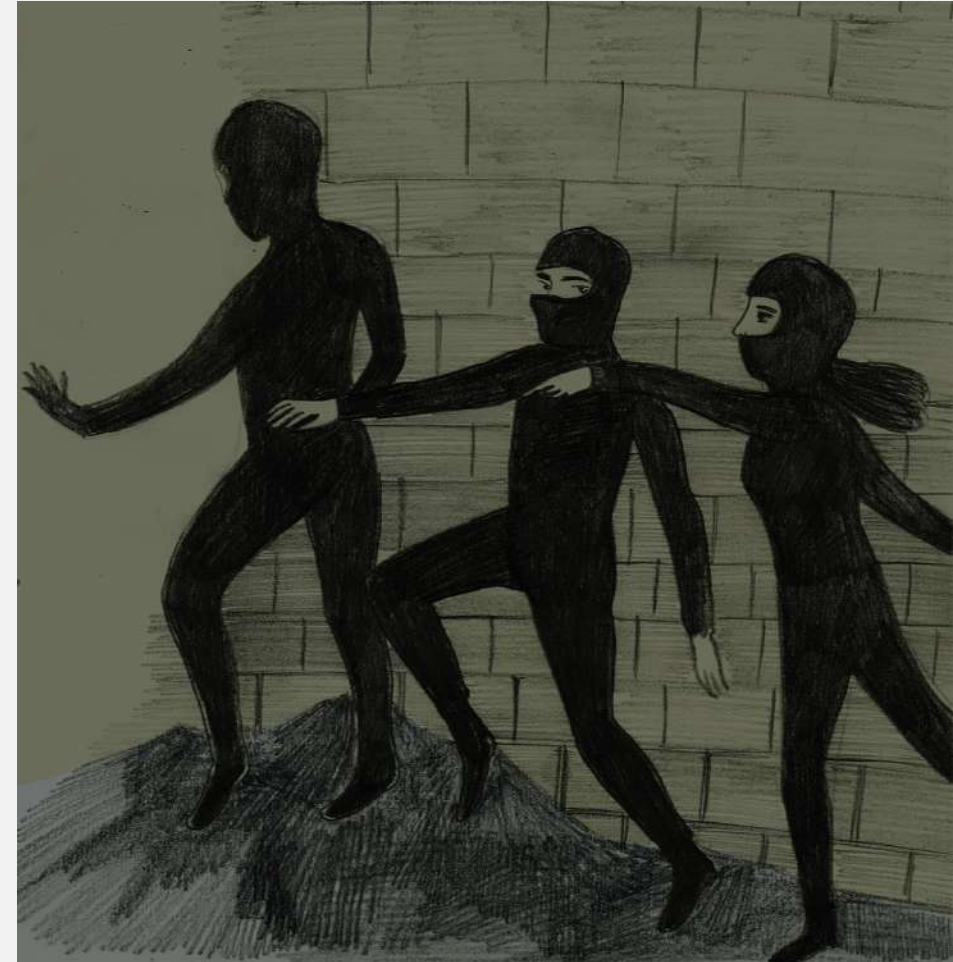
⇒ Partimos para intentar convencer a Diletta. Ve a la página 22.

La isla no estaba lejos y llegamos con facilidad en las pequeñas barcas a nuestra disposición. Por la costa había ruinas de casas y troncos podridos de árboles viejos. Pero el problema eran los altos muros que rodeaban el astillero, en los que había apostadas filas de soldados armados.

«¿Qué hacemos ahora?», preguntó alguien del grupo.

Noa, con su calma habitual, explicó: «Hay una apertura cerca por la que sacarán el barco. Debemos tener cuidado, pero conseguiremos pasar».

En silencio, confiando unos en otros, nos movimos en la oscuridad, arrastrándonos lo más cerca posible de los altos muros. Como había dicho Noa, encontramos el paso.



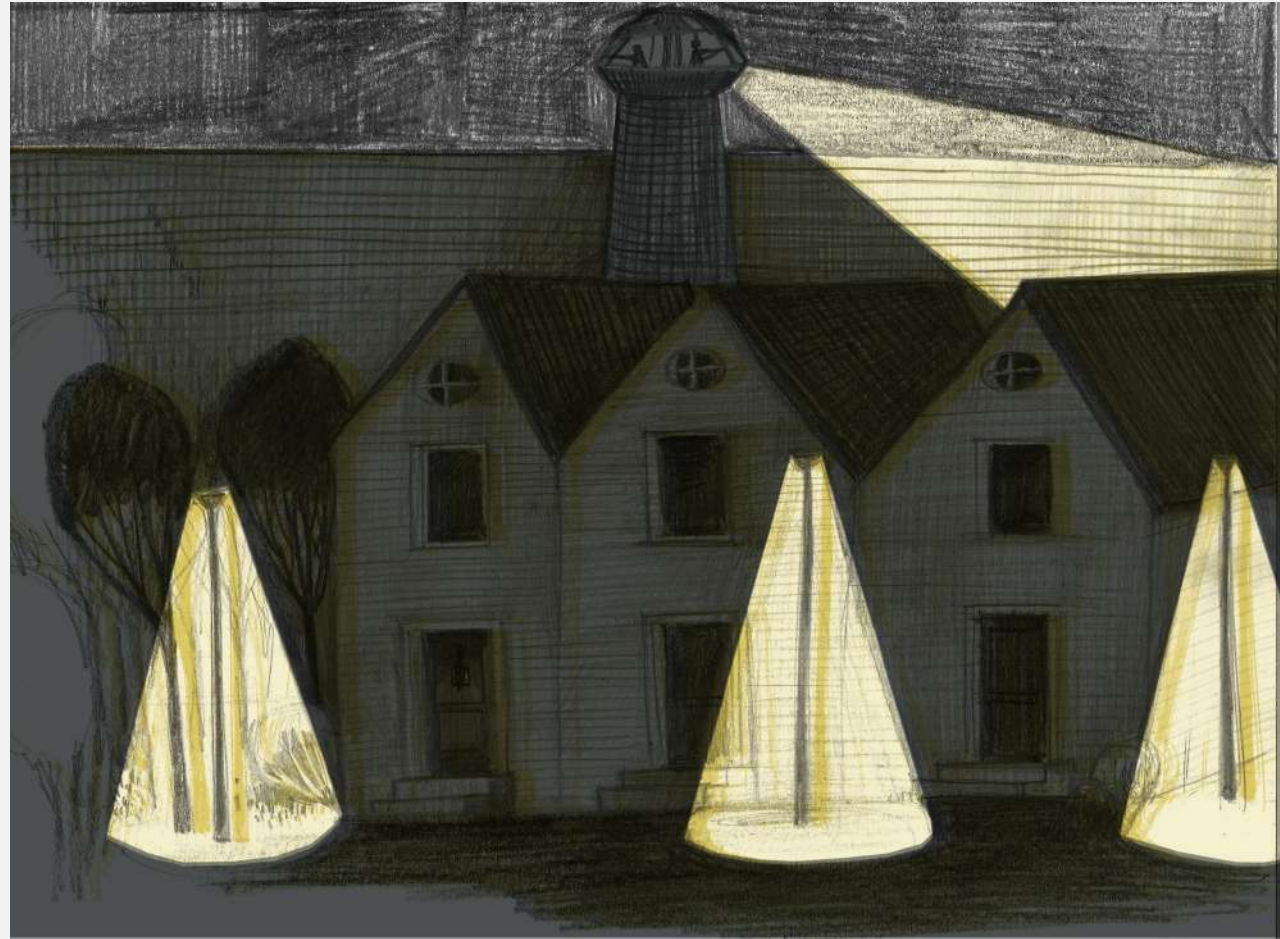
CONTINÚA

Divisamos pequeñas edificaciones que imaginamos casas de trabajadores y técnicos.

«¡Nunca la encontraremos!», siseó Telémaco.

«¡Es esta!», respondí, señalando una puerta de la que colgaba un viejo cencerro, de los que llevaban las vacas. Mi padre se lo había regalado tras recogerlo en una de sus caminatas por la montaña.

Llamamos suavemente, pero con la fuerza suficiente para que Diletta nos oyera. Vino a abrir, sorprendida y adormilada.



CONTINÚA



Asustada, nos dejó entrar, ahogando su propia voz con una mano para no gritar: «¿Estáis locos? Si nos ven, si os ven, os matarán a todos...». Entonces se giró para mirarme y, aunque no nos habíamos visto en más de diez años, me reconoció.

«Tú. Chloe. ¡Eres Chloe, la hija de Odiseo!», dijo, abrazándome y besándome con cariño. «Lo siento, os he abrumado, pero veros ha sido una emoción tan fuerte y...».

CONTINÚA

Luego, al darse cuenta de que los demás estaban allí, preguntó: «¿Por qué estáis aquí?».

«Necesitamos el barco que construiste», dijo Noa, mirándome como invitándome a continuar.

«Ya no queda tiempo; lo poco que queda del mundo está desapareciendo y tal vez pronto no quede rastro. Pero Noa ha conservado semillas de especies botánicas y embriones de muchos animales. Queremos llegar a la isla Amazónica e intentar salvar lo que queda de ella. No podríamos hacerlo con nuestras barcas. Necesitamos este, el que construiste».

«Pero no es mío. Si lo fuera, os lo daría sin pensarlo, pero no puedo. No tengo opción».



CONTINÚA

«Eso no es verdad, todos tenemos elección. Puedes darnos el barco e intentar salvar la esperanza de un mundo y una vida aún posibles, o puedes echarnos y darle el barco al multimillonario que solo se salvará a sí mismo. No sé si podremos reparar el daño que ha sufrido nuestro planeta, pero sé que al menos debemos intentarlo».

Diletta soltó mis manos, que hasta ese momento había estado sosteniendo con fuerza entre las suyas. Dándonos la espalda, se quedó en silencio, y nosotros con ella, esperando a que nos dijera qué había decidido.

LA ELECCIÓN DE DILETTA



Diletta elige darnos la nave. Ve a la página 27.



Diletta elige no darnos la nave. Ve a la página 35.



Diletta dejó escapar un largo suspiro, luego, mirándome intensamente, dijo:

«Es vuestro. Aún no sé cómo podré justificarlo, pero no importa. Si no hago lo correcto ahora, creo que no tendré otra oportunidad. Lo único que os pido es que os llevéis a los hijos de los técnicos y trabajadores que viven aquí. El barco tiene capacidad para cuarenta personas. Contiene provisiones de todo lo que pueda ser útil durante treinta años. Necesitaréis médicos; hay dos aquí, y al capitán, para manejarlo. Es mi hermano».

«¿Y tú?».

«No me necesitaréis y no hay espacio suficiente en el barco.

CONTINÚA

Diletta salió a despertar a los demás mientras empezábamos a embarcar con nuestras pertenencias. El barco blindado parecía una tortuga gigante, ancho y plano; se había construido en una zona ligeramente inclinada y colocado paralelo a la orilla, para deslizarse directamente al agua.

Se nos unieron los hijos e hijas de los habitantes de la isla, junto con los médicos y Guarino, el hermano de Diletta. Entre sueños, los empujaron dentro, sin comprender del todo qué ocurría. Como yo, quizás tampoco volverían a ver a sus padres.

Diletta cerró tras de sí las compuertas que sellaban el dique seco y, al retirar los calzos, el barco empezó a deslizarse hacia el mar. Oímos gritos y disparos mientras nos alejábamos de la isla. El Arca de Noa estaba lista.

Guarino preguntó: «¿Adónde vamos?».

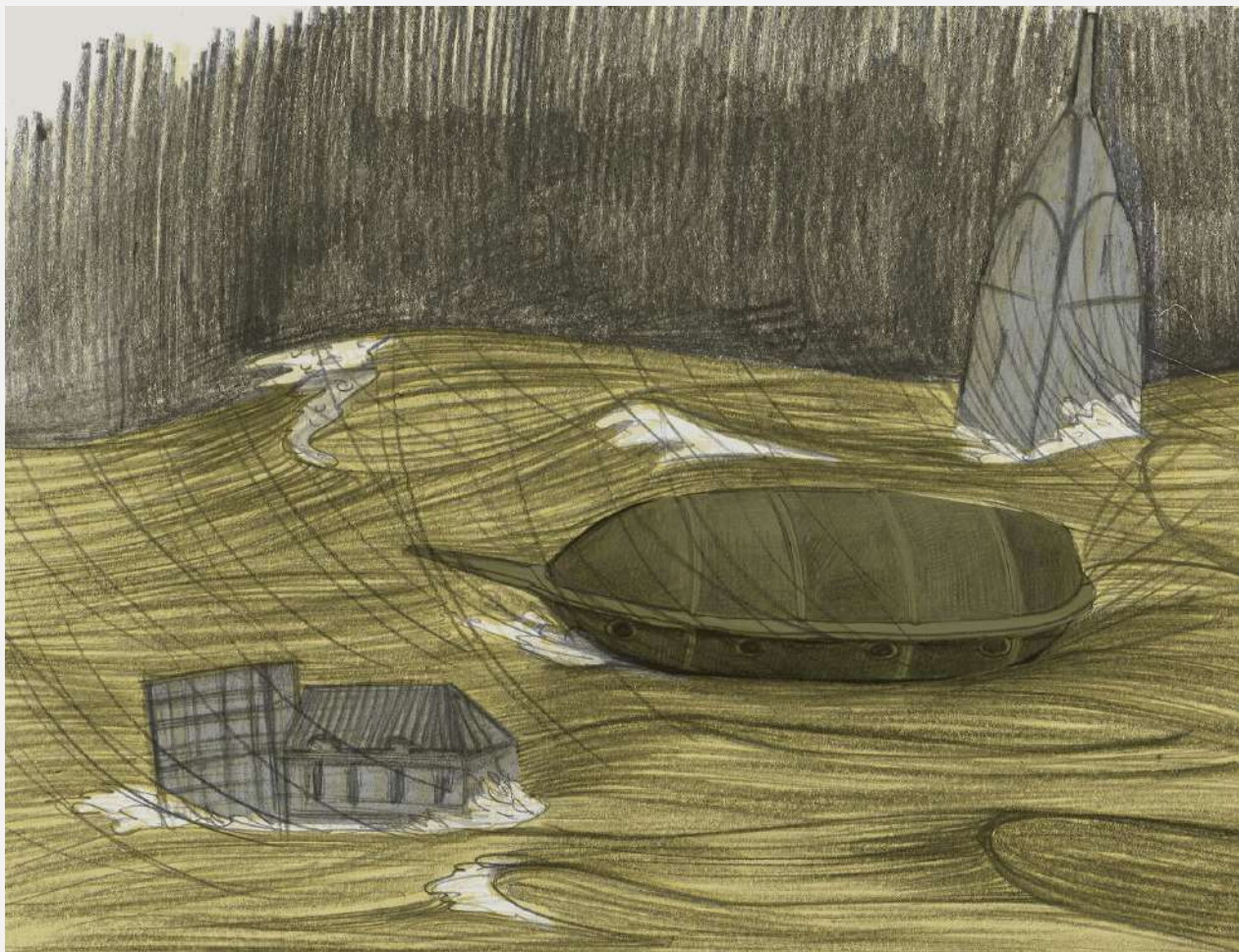
«Hacia la isla Amazónica», respondí, sin mirar atrás.

CONTINÚA

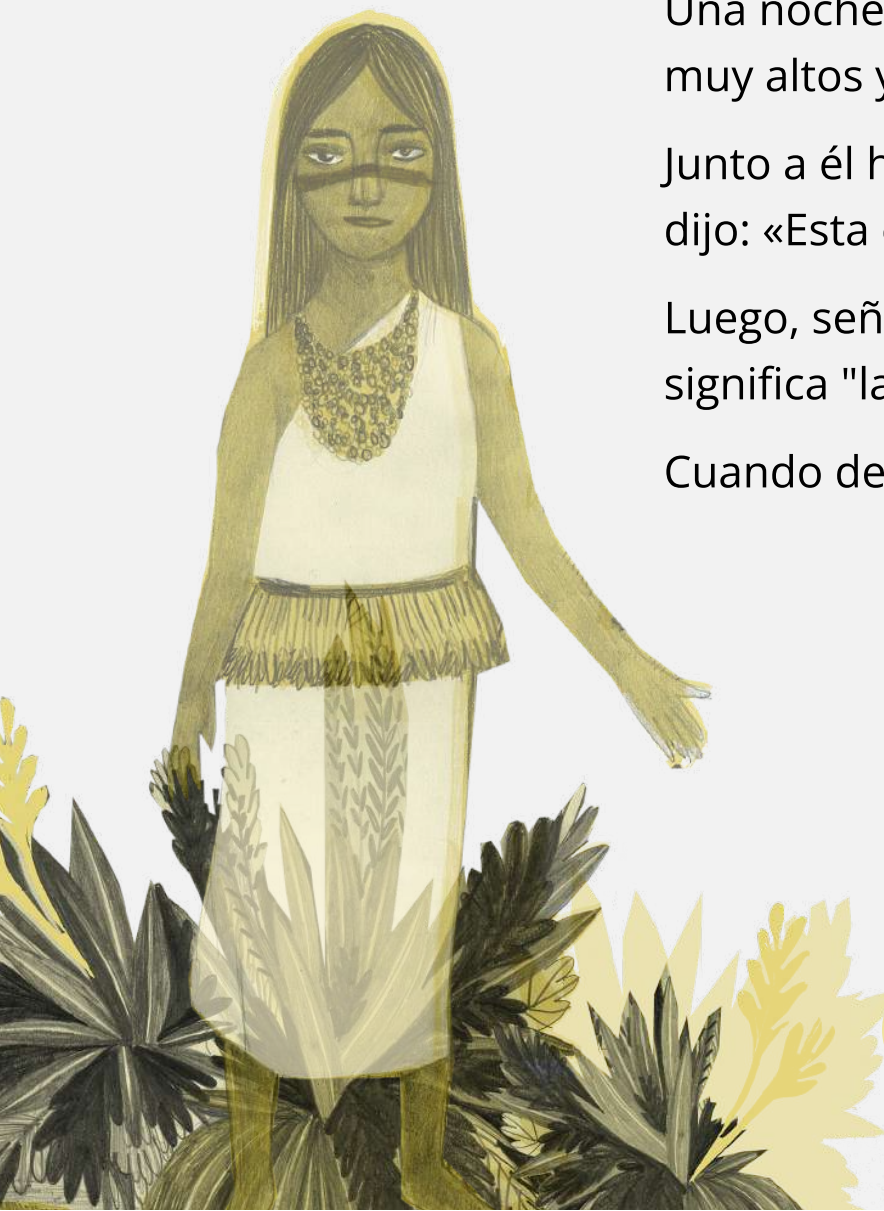
Navegamos durante días en alta mar, a salvo de las muchas tormentas, dentro del barco con forma de tortuga.

La parte sumergida era plana para no chocar con edificios y rocas que emergían del agua, y una parte era transparente para dejarnos ver el interior del agua.

Pero la vista era tan triste que pronto me rendí. En el fondo marino veíamos coches y vías de un tren plegadas sobre sí mismas, mientras flotaban fragmentos de todo tipo. No quedaba rastro de peces ni de nada más. A veces me preguntaba qué podríamos hacer realmente con las semillas y brotes cultivados por Noa.



CONTINÚA



Una noche soñé que mi padre estaba en la selva, rodeado de árboles muy altos y frondosos.

Junto a él había una niña guaraní. Empujándome suavemente hacia ella, dijo: «Esta es mi hija Chloe, su nombre significa "brote verde"».

Luego, señalando a la niña, continuó: «Esta es Cyara. Su nombre significa "la que ilumina". Ella sabrá decirte qué hacer».

Cuando desperté, habíamos llegado.

CONTINUÍA



Al principio usamos respiradores, el aire era irrespirable, el pantano consumía todo el oxígeno, pero al subir a zonas más altas, donde la presencia de árboles vivos aumentaba gradualmente, pudimos respirar sin ellos.

Miramos a nuestro alrededor asombrados de que un lugar así aún pudiera existir. Desde algún punto oculto entre el follaje, oía con claridad sonidos y voces de animales desconocidos para mí.

De repente nos rodearon: hombres y mujeres de pelo negro y cuerpos tatuados. Se habían acercado amenazantes, hasta que llegó ella, la niña del sueño. Le explicamos nuestra intención, pero tras escucharnos, Cyara, como portavoz de su pueblo, nos dijo:



LA ELECCIÓN DE CYARA



Somos selva. Tu ayuda es bienvenida. Ve a la página 43.



Somos selva. No permitiremos que otros actúen. Ve a la página 32.



«Somos Selva, no permitiremos que otros actúen». Su voz era calma, dulce, Cyara nos miró a los ojos, uno a uno.

La observamos en silencio; solo el reclamo de algún animal lejano se superponía a sus palabras, que, lentas como música, entraban en nosotros, en nuestros corazones y mentes.

«Otros en el pasado, antes del gran desastre, vinieron aquí y mataron la selva, y a nosotros con ella. No podemos permitir que nadie, por muy bienintencionado que sea, intervenga en nuestro lugar. Cada cambio trae una consecuencia».

CONTINÚA

Su voz trajo a mi memoria las palabras de mi padre.

Nos estaba rechazando, pero sus palabras eran amables. Lo entendí; todos lo entendimos.

Cyara sonrió.

«Si queréis, podéis quedaros, pero nada de lo que hay en ese barco, animal o planta, puede tocar tierra. La selva debe encontrar un nuevo equilibrio, y tememos que cualquier cosa que no le pertenezca pueda destruir lo poco que queda».

No había rencor en sus palabras, tal vez solo un poco de miedo; sin embargo, «La que ilumina» iluminó nuestros corazones.

Habíamos cometido demasiados errores para querer seguir imponiendo nuestra voluntad. De común acuerdo, decidimos zarpar de nuevo en busca de una isla, de un lugar donde intentar empezar otra vez. Guardando las palabras de Cyara como advertencia, o quizás como regla: Yo soy Selva. Para aprender a vivir con respeto y plenamente en el mundo que habitamos, porque somos ese mundo y no tenemos otro.

CONTINÚA

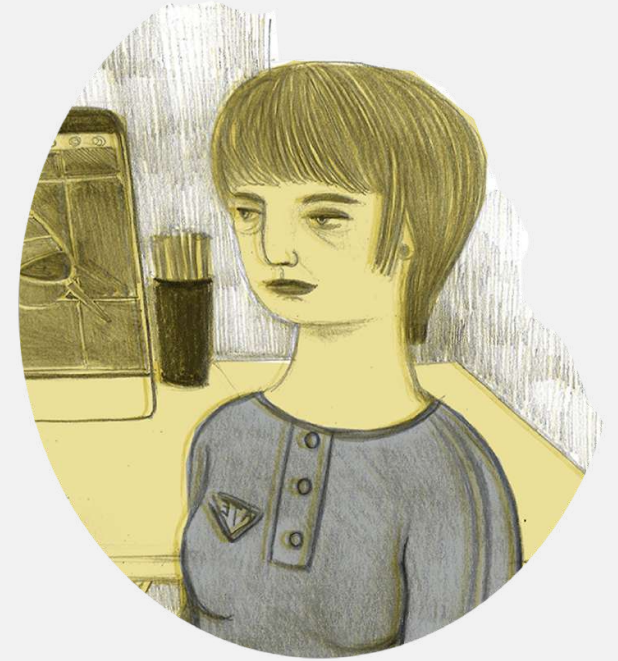
El barco tiene treinta años de autonomía. Tenemos comida y recursos. Animales y plantas para cultivar, para crear una vida nueva. Tal vez mi padre siga en la estación espacial. Tal vez me esté mirando desde allí, o al menos me gusta pensarlo, y tal vez él también, como yo, esté intentando crear un mundo posible, uno más amable y respetuoso.

FIN



Diletta se giró, manteniendo los ojos cerrados. Luego, levantando despacio los párpados, nos miró desconcertada, negando con la cabeza.

«No puedo», dijo, paseando nerviosa por la habitación. «No puedo, lo siento, no puedo. Si lo hiciera, estaríamos muertos. Estoy aquí por voluntad propia; elegí trabajar aquí porque era la única oportunidad de salvarme y salvar a mi familia. Fuera de aquí, también lo sabéis, no hay muchas posibilidades. Las noticias que nos llegan son cada vez más oscuras y desesperanzadoras. Si os diera el barco, si os permitiera llevarlo, nos matarían a todos. La Tierra encontrará una forma de recuperarse, de empezar de nuevo...».



CONTINÚA

«La Tierra no puede hacer nada por sí sola; necesita nuestra ayuda, porque nosotros necesitamos la suya. Tal vez la Tierra encuentre un nuevo equilibrio, pero no será bueno para nosotros los humanos», le dije, casi llorando. Pero ella se mantuvo inamovible.

«Tal vez sea mejor así. Tal vez nuestro planeta esté infinitamente mejor sin nosotros. Pasaremos aquí los años que nos quedan. No puedo decirte si estamos a salvo, pero es la única elección que puedo hacer», me dijo Diletta con voz resignada.

Me habría gustado responderle, pero Noa me hizo una señal para que me detuviera y nos empujó a todos fuera. Subimos de nuevo a las barcas para regresar a nuestra isla.

En el viaje de vuelta, Telémaco sugirió regresar: «No podemos rendirnos...».

CONTINÚA

Fue en ese momento cuando Noa dejó de remar, golpeando el remo con fuerza contra el agua. Nos quedamos en silencio.

«Una guerra, otra batalla, matar, destruir. No, no haremos nada». Sus palabras nos helaron el corazón, de miedo y una ominosa esperanza.

No sé si aún me lees, si has sentido mis miedos en ti, si has tenido mis mismas esperanzas.

A veces, pensar que alguien podría leerme me hace creer que, si no logro llevar mis planes hasta el final, tú podrías retomarlos y continuar.

Pasamos días intentando entender qué alternativas teníamos. Pero no había ninguna. Sin el barco, no teníamos muchas opciones.



CONTINÚA

Los suministros mermaban cada vez más y mantener el laboratorio criogénico requería mucha energía.

La situación se volvía más difícil día a día: cada vez costaba más respirar, las reservas de oxígeno se habían agotado rápido, pero Noa nunca se rindió. Siguió cultivando sus brotes hasta el último día de su vida e ideando soluciones energéticas para alimentar su laboratorio. Muchos murieron, otros, como nosotros, sobrevivimos; aún no sé juzgar si esto es algo bueno o malo.

He escrito todo lo ocurrido.

No tengo nada más que añadir. Si de verdad me lees, si existe la posibilidad de que alguien más como yo haya sobrevivido y me esté leyendo, espero de verdad que tú, seas quien seas, puedas aprender de nuestros errores e intentar cambiar y salvar lo poco que queda.

FIN



Nos asustaba nuestra propia determinación, pero comprendimos que no teníamos opción. Llegamos de noche, con las pocas armas a nuestra disposición. Telémaco y otros del grupo fabricaron algunas bombas rudimentarias.

Los atacamos mientras dormían, disparando y causando caos. Llevábamos cuchillos y todo lo que encontramos; pese a la inexperiencia, la sorpresa jugó a favor y los vencimos. El barco dejó la isla hacia alta mar. Navegamos millas sin ver más islas salvo a lo lejos. Sin embargo, en algunos lugares veíamos restos de ciudades sumergidas. Mis recuerdos eran muy vagos, pero Noa y los demás no contuvieron las lágrimas al ver fragmentos de su pasado ahogados en el mar.



CONTINÚA

Aún podían verse coches y autobuses, mientras flotaban pedazos de objetos destrozados. No quedaba rastro de peces. El casco del barco era plano precisamente para evitar chocar con edificios emergentes, y parte se había fabricado con un material transparente para permitirnos ver lo que había debajo.

La parte superior también era un gran casco invertido que lo hacía parecer una tortuga gigante. Usando el movimiento de las olas y la energía eólica, nos movíamos rápido. Con seguridad. El aire era filtrado y enfriado por filtros especiales. No sabría decir cuántos días habían pasado desde nuestra partida, pero de repente algo golpeó el costado del barco.

«Nos han seguido», gritó Telémaco, mientras manipulaba a tientas el sistema de defensa del barco para responder al ataque.



CONTINÚA

Mientras tanto, los golpes seguían impactando en el costado del barco.

El multimillonario no estaba dispuesto a perder su nave. Bajamos todos a la cubierta inferior para debatir y decidir qué hacer. Telémaco devolvió el fuego, pero quizás por su inexperiencia, parecía que nuestros disparos no tenían tanto éxito. Estábamos asustados; los más pequeños tanto que ni podían llorar.

«Antes de que ocurra lo irreparable, debemos rendirnos».

Telémaco habría querido seguir, pero Noa se mantuvo inamovible. Lo que les ocurrió a ella y a los demás adultos tras nuestra rendición, no sabría decirlo. Nos separaron. Al levantar la vista, me encontré con los ojos de Diletta.

«A vosotros, los jóvenes, os trasladarán a una isla donde trabajaréis para reparar los daños que ha sufrido el barco».

CONTINÚA

Han pasado unos días desde aquel momento. He seguido escribiendo en este diario. No sé por qué. Solo sé que, sea cual sea la elección que hayan hecho por mí, no es la mía. Escribo estas últimas líneas con la esperanza de que quien las lea aún tenga la oportunidad, o el tiempo, de recapacitar y tomar decisiones distintas.

Yo ya no tengo nada de eso.

Estamos en alta mar; el cielo es vasto, infinito y tachonado de estrellas, tal vez se parece al que veía mi padre. He decidido dejar el barco. Me deslizaré al mar, nadando hacia el fondo, hacia las ciudades sumergidas.



FIN



Una emoción intensa me llenó los ojos de lágrimas. Me sentí como mi padre la primera vez que vio la Tierra desde el espacio. Miré esos árboles, esa gente, y vi la vida, que, a pesar de todo, perduraba. Sus palabras resonaban en mi interior.

«Somos Selva», dijo Cyara, mirándonos a cada uno, uno a uno.

Al pronunciar «somos», entendimos que hablaba de todos, no solo de su gente, sino también de mí y mis compañeros de viaje.

«Traéis vida nueva y la damos la bienvenida. La selva está muy enferma por el gran desastre, y tal vez lo que traéis sea la cura, o tal vez acelere lo comenzado».

CONTINÚA

«Somos Selva», repitió.

«Por eso sabemos lo que necesita. Sabemos qué hay que hacer porque la conocemos igual que nuestro propio cuerpo. Lo ocurrido no fue voluntad de un dios iracundo, sino de la estupidez y soberbia humanas.

Vivimos en ella y con ella, y ella vive en nosotros y a través de nosotros. Cualquier otro animal o planta alteraría el ya precario equilibrio.

No sabemos si lograremos salvarnos y salvarla.

Pero si eso no ocurriera, aún habríamos respetado su ser.

Respeto es una palabra que no conocéis.

Respeto por el entorno, por la naturaleza y los demás.

El mundo no necesita a los humanos.

La selva es sabia y hallará una forma, otra forma, de seguir viviendo y regenerándose.

Podéis quedaros, pero bajo nuestras reglas.

Viviremos aquí, en paz, mientras la selva nos lo permita».

CONTINÚA



Solo se oían los gritos de algunos animales y nuestra respiración. Doy un paso al frente y empecé despacio a quitarme la ropa; luego, tomando un poco de tierra, me dibujé en la cara una línea roja como la que adornaba las suyas.

«Yo soy Selva.

Somos Selva.

Haremos solo lo que nos digáis, respetando la selva y su tiempo. Reescribiremos las reglas aprendiendo de nuestros errores y no dejaremos que vuelva a ocurrir».

Han pasado muchos años desde entonces. No todas las plantas que sembramos sobrevivieron; otras arraigaron y poco a poco recuperamos los territorios del pantano. Muchos animales han vuelto a vivir, como un pueblo nuevo que llama hermanos a árboles y criaturas, porque todos somos Selva. Como tú que me lees, tal vez un día también aprendas a sentirte Selva.



FIN

PREGUNTAS DE REFLEXIÓN

5

1

2

3

4

6

7

8

9

Siguiente



¿Qué significa para ti la frase «Somos bosque»?

¿Crees que los seres humanos estamos separados de la naturaleza o que formamos parte de ella?



¿Qué aprendiste de esta historia?

¿Descubriste algo nuevo sobre el cambio climático, las decisiones humanas o la relación entre la supervivencia y la responsabilidad?



**¿Es mejor convencer a los demás o
actuar por la fuerza?**

¿Qué opción te pareció más correcta? ¿Qué
riesgos conlleva la violencia, incluso cuando
las personas creen que actúan por una
buena causa?



¿Cuál es la relación entre el poder y la responsabilidad en la historia?

¿Quién tiene realmente el poder? ¿Y quién lo utiliza de la manera más responsable?



¿Qué pueden hacer los jóvenes en un mundo moldeado por las decisiones de otros?

¿Qué acciones siguen siendo posibles, incluso cuando el daño ya parece muy grande?



¿Hay alguna elección que, viéndola en perspectiva, harías de manera diferente?

Si pudieras volver a recorrer la historia, ¿qué decisión cambiarías y por qué?



**¿Qué clase de futuro vale
verdaderamente la pena salvar?**

En tu opinión, ¿basta con sobrevivir, o también importa cómo sobrevivimos y con quién?



¿Cómo podrías actuar de manera diferente en la vida real?

La historia trata sobre la crisis climática, la responsabilidad y las decisiones difíciles. ¿Hay algo en ella que te haga reflexionar sobre tu propio comportamiento, tus prioridades o la forma en que ves el mundo?



¿A qué final llegaste? ¿Qué elecciones te llevaron hasta allí?

Piensa en las decisiones que tomaron Chloe y su grupo. ¿Cómo influyeron sus primeras elecciones en el resultado final?

RECURSOS ADICIONALES

Siguiente



IPCC – Informe de Síntesis del AR6 (Resumen para responsables de políticas)

<https://www.ipcc.ch/report/ar6/syr/summary-for-policymakers/>

OMM – Estado del clima mundial / Glaciares y casquetes polares

<https://wmo.int/publication-series/state-of-global-climate>

<https://wmo.int/topics/glaciers-and-ice-caps>

NASA – Portal sobre el cambio en el nivel del mar

<https://sealevel.nasa.gov/>

ESA – Punto de inflexión de la Amazonía / El espacio al servicio de nuestro clima

https://www.esa.int/Applications/Observing_the_Earth/FutureEO/Space_for_our_climate/ESA_investigates_high-stakes_Amazon_tipping_point

https://www.esa.int/Applications/Observing_the_Earth/FutureEO/Space_for_our_climate

Crop Trust – Bóveda Global de Semillas de Svalbard

<https://www.croptrust.org/what-we-do/programs/svalbard-global-seed-vault/>

<https://www.seedvault.no/>



ArteSostenible



Este libro de aventuras es una creación del proyecto Erasmus+ Green Saga.

Financiado por la Unión Europea. No obstante, las opiniones o puntos de vista expresados son únicamente los de los autores y no reflejan necesariamente los de la Unión Europea ni los de la Agencia de Asuntos de Juventud. Ni la Unión Europea ni la autoridad otorgante pueden ser consideradas responsables de los mismos.

Código del proyecto: 2024-2-LT02-KA220-YOU-000293123



**Cofinanciado por
la Unión Europea**